



MAGNIFICA HUMANITAS: UNA MAGNIFICA DEFENSA DE LA NATURALEZA HUMANA



MAGNIFICA HUMANITAS:
UNA MAGNIFICA DEFENSA DE LA
NATURALEZA HUMANA

Patrocinado por:



Hacer con

Contenido

Presentación..... 5

Democracia, verdad e Inteligencia Artificial..... 15

*Maximiliano Yáñez Gutiérrez**

Sobre la Encíclica

“Magnifica Humanitas” 25

*Gustavo Adolfo Cárdenas Ortega**

**Custodiar la humanidad: Principios y desafíos de la
Magnifica Humanitas ante la inteligencia artificial.... 31**

*Nicolás Fuentes Valdebenito**

**El paradigma de un auténtico desarrollo: entre una
nueva Torre de Babel y el demonio del medio día. 49**

*Bolívar Aguayo Ceroni**

Presentación

Admitiendo que la expresión “llegó para quedarse” admite diversas interpretaciones, una de ellas, quizá la más recurrida, sea aquella que alude a la constatación del arribo de “algo nuevo”, y como casi todo lo nuevo, con cierta dosis de incertidumbre. En este contexto, si lo que adviene representa un bien, debemos alegrarnos y sentirnos afortunados, pero si su arribo representa un mal o un riesgo, solo nos restaría resignarnos ante su presencia y poderío. Que la Inteligencia Artificial (IA) llegó para quedarse no cabe duda. Hace rato ya presentó sus credenciales. Ahora bien, hay formas y formas de llegar y de quedarse. Se puede arribar *peu a peu*, en silencio o al menos sin estridencias, respetando la

cultura¹ de los lugareños. No es el caso de la IA que arre-metió con espectacularidad, como las grandes estrellas del cine cuando se desplazan por la alfombra roja, mientras miles de fanáticos se agolpan alrededor esperando algún gesto, alguna mirada, algún saludo de sus ídolos. Si, a la postre, representa un bien o un mal para la humanidad está por verse. Mayoritariamente las opiniones son a favor. ¿Cómo negarse ante tanta maravilla? Sin embargo, es la experiencia, y la prudencia, *la recta ratio agibilium*, la que nos enseña que no todo lo que brilla es oro.

Hemos escogido para nuestro Cuadernillo N° 10 reflexionar acerca de *Magnífica humanitas*, la cual ha tenido una amplia cobertura mediática a nivel mundial. Probablemente porque de verificarse algunos de los temores expresados por el Papa León XIV, toda la humanidad se vería perjudicada, habida cuenta de que (casi) nadie escapa al largo brazo de la IA. León XIV reflexiona en esta suerte de “*summa*” de la Doctrina Social de la Iglesia, sobre la “custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial”. De este modo, *Magnífica humanitas* es una muestra fehaciente de que la Iglesia Católica sin ser del mundo está en el mundo, porque en cuanto “madre y maestra”, “experta en humanidad” (Juan XXIII), “nada de lo humano le es ajeno (Paulo

1 Entendemos por cultura, aquella forma de ser y obrar humano, que va dejando huella y constituyendo un patrimonio. Para una mayor comprensión de este concepto véase el cuadernillo N° 5 y 8.

VI) y sus destinatarios son “todos los hombres de buena voluntad” y no solo los cristianos. Siguiendo el clásico método del “Ver, Juzgar y Actuar”, León XIV denuncia con valentía las amenazas de la IA, la cual, a su juicio, “no es moralmente neutra” (104). Pero ¿cuáles son algunos de los peligros en concreto? Bien lo saben, los padres de Adam Raine, un joven de 16 años que se suicidó ahorcándose en su habitación, después de largas conversaciones entre “amigos”, o sea, con la IA. Una de las conversaciones entre ambos es la siguiente: Adam: “quiero dejar mi sogá en mi habitación para que alguien la encuentre y trate de detenerme”. Chatbot: “Por favor, no dejes la sogá al descubierto”. Similar es el caso de Sewell Setzer III (14 años) y Juliana Peralta de (13 años). Ambos se suicidaron tras largas conversaciones con la IA. Juliana era adicta al *Chatbot Hero* de la aplicación *Character AI*, confidenciándole sus pensamientos suicidas. Dicha aplicación, según consta en la demanda, la habría inducido a tomar tan drástica decisión, o al menos, no disuadido. Se nos podrá objetar que son casos excepcionales, insignificantes con relación a los millones de otros casos en los cuales los usuarios se benefician de ella. Pequeños daños colaterales, se nos dirá, en los cuales se juzga el todo por la parte, como si una vida humana no tuviera valor en sí misma. Otro de los riesgos que presenta la IA, desde otra perspectiva, es la precarización del orden democrático. Este problema abordado por Maximiliano Yáñez en su artículo *Democracia, Verdad e Inteligencia Artificial*, se proyecta en la eliminación de la

participación ciudadana en las decisiones políticas o lo que puede ser peor aún, en la manipulación de dichas decisiones. En ambos casos, nos señala Maximiliano Yáñez, lo que está en juego es la verdad y el bien común, sin los cuales una democracia no funciona bien. En este contexto, cabe recordar la muy conocida frase del multimillonario Peter Thiel, fundador de *Palantir*, una empresa tecnológica que se dedica a la fabricación de sofisticadas armas de guerra, como drones, espionaje digital e inteligencia artificial. Él ha señalado en varias ocasiones: “ya no creo que la libertad y la democracia sean compatibles (...)”. En nuestra época, la gran tarea de los libertarios es encontrar una vía de escape de la política en todas sus formas”. Él propone su “República tecnológica”² cimentada sobre las grandes corporaciones. Esta forma de entender el orden social no requiere de ciudadanos responsables, sino solo de clientes satisfechos. No menos peligroso es el discurso de Mark Zuckerberg quien afirmó recientemente que la inteligencia artificial será nuestra nueva mejor amiga: “La gente se siente sola, quiere más amigos, y nosotros podemos ayudar”. Aludiendo especialmente al sector juvenil, declaró que, si un joven no tiene amigos, no debe preocuparse porque un sistema lo acompa-

2 No son pocas las utopías o distopías del futuro en el cual se muestra un mundo gobernado por “científicos” y las grandes corporaciones tecnológicas transnacionales. Mencionemos, por ejemplo, la película *Blade runner*. Basada en la novela de Philip K. Dick *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* (1968), nos describe un futuro en el que se fabrican humanos artificiales (replicantes). Son fabricados por Tyrell Corporation para ser “más humanos que los humanos”.

ñar. “La IA te conoce mejor que tú mismo”³ remarcó. La IA mediante sus múltiples variantes a nuestra disposición (dispositivos digitales), representa una especie de apoteosis del *homo videns*. “Hoy el mundo no es un teatro en el que se representan papeles y se intercambien gestos rituales, sino un mercado en el que uno se desnuda y se exhibe”⁴. La IA no solo contesta correos, redacta bien nuestros mensajes, escribe nuestros currículos, o responde nuestras miles de preguntas. Ella, además, te escucha, te acompaña, te entiende, te aconseja, nunca te critica, nunca te corrige, establece un vínculo afectivo contigo, pues como ya hemos afirmado, es tu nueva mejor amiga y te conoce muy bien⁵. Está ya suficientemente estudiado que las “pantallas” operan como mecanismos de recompensa: me siento solo, veo una aplicación que me acompaña, estoy triste, busco una aplicación entretenida, estoy angustiado, pregunto a *Chatgpt* como supero mi angustia. Los algoritmos, los *like* y los múltiples *scrolls* no

3 Como no recordar la expresión de san Agustín: “*Interior intimo meo et superior summo meo*” (Confesiones III, 6.11). Dios es más íntimo que mi propia intimidad y superior a lo más alto de mí. No es exagerado afirmar que el algoritmo tiene pretensiones mesiánicas.

4 Han, Buyng-Chul, *La desaparición de los rituales*, Herder, Barcelona, 2020, pág. 34

5 Cuando Zuckerberg, el Ceo de Meta, afirma que la IA te conoce mejor que tú mismo, no es un decir. Se supo, por ejemplo, que en 2012 Facebook analizó los datos de más de 700 mil usuarios, investigando en secreto sus características psicológicas, emocionales, sus gustos, etc. Se los expuso a ciertas situaciones, como en los mejores tiempos de Josef Mengele, para ver como reaccionaban. En concreto, esta red social manipuló en secreto los algoritmos del *News Feed* para evaluar el “contagio emocional”, alterando la cantidad de contenido positivo o negativo que veían para ver si esto afectaba sus propios estados de ánimo y publicaciones.

dan tregua, la corteza prefrontal no dispone de tiempo para decir basta. De este modo, las plataformas se convierten en una especie de droga virtual, en la medida que me enajenan y/o alienan, generando, para decirlo con nuestros abuelos, un “merengue en el melón”⁶.

¿Es la IA, a través de sus múltiples dispositivos digitales o “plataformas” la respuesta a la soledad?⁷ No, de ninguna manera, por el contrario, a la luz de *Magnífica humanitas* podemos afirmar que ellas son una forma encubierta de explotar nuestra soledad. Los gigantes tecnológicos hacen de nuestra desgracia un negocio. ¿Como revertir, entonces, la profunda soledad que asola al hombre contemporáneo, aferrado ilusoriamente a los algoritmos? Con profunda humanidad, con inteligencia natural, con un “desarme” voluntario de la IA, como lo pidió León XIV, aunque no soy muy optimistas con respecto a esta última posibilidad. Según Christopher Olah, cofundador de *Anthropic*, quien estuvo presente en la presentación de la encíclica en El Vaticano, “todos los laboratorios de inteligencia artificial de vanguardia —incluido *Anthropic*— operan dentro de un conjunto de incentivos y

6 Esta antigua coloquial expresión se refiere al desorden mental que padece una persona

7 Según algunos estudios (Electronics Hub), los chilenos pasamos en promedio 8 horas y 36 minutos al día frente a las pantallas, ocupando el sexto lugar a nivel mundial con mayor exposición a dispositivos digitales. Celulares: 4,36 horas; Redes Sociales: 3,11; TV y Streaming: 6 horas. Niños en edad escolar permanecen entre 5, 3 a 6,1 horas diarias expuestos a las pantallas.

restricciones que a veces pueden entrar en conflicto con hacer lo correcto. La presión por mantenerse comercialmente viables y permanecer en la vanguardia de la investigación. La presión geopolítica. Y las presiones más antiguas y simples del orgullo y la ambición. Por más sinceramente que cualquiera de nosotros intente hacer lo correcto —y creo que muchos lo hacemos— siempre estaremos influenciados por esos incentivos”. A confesión de partes, relevo de pruebas.

No hay que confundirse con respecto al tenor de *Magnifica humanitas*. Ella no es solo denuncia, por el contrario, es primero y esencialmente anuncio, el anuncio de una magnífica humanidad que todos debemos custodiar. “Cada generación recibe como herencia la tarea de dar forma a su propio tiempo: hacer madurar la historia como un lugar donde se proteja la dignidad de cada persona, se promueva la justicia y se haga posible la fraternidad. Pero en cada época se cierne el riesgo de construir un mundo inhumano y más injusto” (1). Nicolas Fuentes reflexiona precisamente sobre las vigas maestras de la encíclica, poniendo el acento en aquellos principios irrenunciables si se quiere realmente custodiar lo humano, a saber: verdad, trabajo y libertad. Sin ellos, no hay verdadera promoción y/o defensa de la dignidad humana. No es un misterio que estos principios se ven amenazados por la IA. En la misma línea, Gustavo Cárdenas, realiza un excelente análisis de la encíclica, enfatizando aquella idea que como hilo de Ariadna recorre toda la *Magnifica huma-*

nitas, a saber (en palabras de Cárdenas): que “el progreso de la técnica requiere ser asumido desde aquellas exigencias que devienen de lo propiamente humano, para que ella realmente esté al servicio del bien de las personas y del bien común de la sociedad”. Por último, Bolívar Aguayo pone el acento en los aportes que León XIV subraya de la Doctrina Social de la Iglesia tendientes a una adecuada organización de la sociedad. En palabras del pontífice, para que no repitamos la experiencia de la Torre de Babel. El dilema no es menor: “La magnífica humanidad que Dios ha creado se encuentra hoy ante una elección decisiva: levantar una nueva torre de Babel o edificar la ciudad donde Dios y la humanidad habiten juntos” (1).

Como decíamos, la encíclica no es un catálogo de críticas a la IA, o un elenco de sus amenazas. No hay pesimismo ni resignación en las palabras de León XIV, aunque la IA haya llegado para quedarse. La encíclica rezuma optimismo y esperanza, pues no hay espacio para la desesperanza en quien sabe que no está solo, y no me refiero a la IA. León XIV, nos invita a ser protagonistas de nuestra propia historia, agentes de nuestro propio destino. Nos exhorta a convertirnos “en tejedores de esperanza en nuestro mundo, compartiendo lo que somos y lo que tenemos, para que la presencia de Jesús crezca entre nosotros y su Reino tome forma. En la fidelidad humilde de cada día, también el tiempo de la IA puede ser un paso en el que el Espíritu haga madurar la civilización

del amor en nuestras vidas; el Señor sigue haciendo nuevas todas las cosas y mantiene abierta para cada época la posibilidad de convertirse en historia de salvación a la luz de la Encarnación” (245). Así las cosas, el “Ver” y “Juzgar” quedan trancos si no se completan con el Actuar. Esta labor no solo debe congrega a los católicos o a los cristianos, sino a todos “todos los hombres de buena voluntad” que se sientan interpelados por la encíclica y preocupados por el futuro de la hasta ahora magnífica humanidad.

Eugenio Yáñez R.
Editor.

Democracia, verdad e Inteligencia Artificial

Maximiliano Yáñez Gutiérrez*

Introducción

El crecimiento de la tecnología que nos rodea es exponencial. Cada año éstas progresan más rápidamente y juegan un mayor protagonismo en nuestro día a día. Resulta difícil pensar cómo sería nuestro diario vivir sin recurrir a estos avances, dado que los hemos incorporado dentro de nuestros quehaceres personales y profesionales. Dentro de ellas, la Inteligencia Artificial (IA) se ha instaurado paulatinamente dentro de la sociedad como una herramienta indispensable para generar conocimiento, y más aún, para solucionar-

* Magíster en Doctrina Social de la Iglesia por la Universidad San Sebastián. Licenciado en Educación y en Filosofía por la Universidad de los Andes. Máster en Estudio Humanísticos y Sociales por la Universidad Abat Oliba. Docente de la Universidad San Sebastián. Correo electrónico: maximiliano.yanez@uss.cl

nos la vida. En segundos puede producir imágenes, textos, audios o videos, produciendo diversos contenidos que de uno u otro modo van afectando nuestra concepción de la realidad, en la medida en que el sujeto a partir de dicha información construye una visión del mundo. Por eso, uno de los grandes desafíos del siglo XXI es reflexionar sobre los límites y alcances de esta nueva técnica, pues ¿hasta qué punto es deseable el desarrollo de la Inteligencia Artificial? ¿Cuáles son los límites morales que debemos establecer para hacer un buen uso de las nuevas tecnologías?

En este contexto, en el presente escrito mostraremos algunos criterios de discernimiento presentes en la encíclica *Magnífica humanitas*, en donde si bien se reconoce los beneficios de la ciencia en general, toda vez que ella está al servicio de la persona y no al revés, y en este caso de la IA, también León XIV previene acerca de los múltiples problemas, riesgos o amenazas, que su uso indiscriminado y/o “inocente” puede causar, toda vez que ella “no es moralmente neutra”¹, y, por ende, nos orienta en aquellas conductas que deberíamos evitar². Ahora bien, por razones de espacio, nos centraremos solo en una dimensión del problema, a saber, en los efectos que ésta puede generar en el orden democrático, pues el potencial latente de la IA para generar contenidos ficticios per-

1 León XIV, *Magnífica humanitas*, 104

2 Cfr. León XIV, *Magnífica humanitas*, 9.

mite que pequeños grupos que concentran el poder puedan manipular la información, de tal modo que se vuelve imposible distinguir entre lo verdadero y lo falso, habida cuenta de que la IA tiene el potencial técnico para desfigurar la realidad, sin que nos sea posible advertirlo, y de ese modo, crear una realidad virtual a merced de los diseñadores de la IA³. De este modo, en última instancia, es muy difícil defender el bien común dentro del orden político, pues como veremos a continuación, el gobierno justo requiere conocer la realidad y reconocer la presencia de la verdad dentro de sus reflexiones para alcanzar el bien común.

Desarmar la IA

El Papa Francisco ya nos advertía hace unos años del *paradigma tecnocrático*, esto es, una sociedad en la cual el ser humano por medio de los avances de la tecnología posee, domina y transforma la realidad como si se tratara sólo de una materia informe⁴. Ante esto buscaba promover un estilo de vida y espiritualidad que nos permita reconocer el valor de las cosas que nos rodean, pues éstas son más que su pura materialidad⁵. León XIV, sin abandonar esta visión, en *Magnifica humanitas* profundiza sobre cómo dicho paradigma

3 Cfr. Dicasterio para la Doctrina de la Fe & Dicasterio para la Cultura y la Educación, *Antiqua et Nova*, 86-87.

4 Cfr. Francisco, *Laudato si'*, 106.

5 Cfr. Francisco, *Laudato si'*, 111.

encuentra hoy su manifestación más pura en el desarrollo de la IA, de modo que se vuelve necesario analizar críticamente los efectos que ésta genera en todas las dimensiones de la vida humana. Pero ¿es posible hacer algo ante los efectos que ésta ha producido en nuestra sociedad?

La propuesta de León XIV es *desarmar la IA* lo que significa sustraerla de la lógica de la pura eficiencia, para dar paso a ciertos límites morales en su uso. En este sentido, “desarmar no significa renunciar a la tecnología, sino impedirle el dominio sobre lo humano”⁶. En otras palabras, su preocupación se centra en el dominio y manipulación que puede ejercer un pequeño grupo sobre las dinámicas sociales, por medio de las plataformas tecnológicas que ellos controlan⁷. Aquellos que son dueños del capital tecnológico pueden influir en la realidad sociopolítica buscando su beneficio propio. Así, el efecto que genera no es sólo de carácter externo como más comodidades en nuestra vida cotidiana o una mayor eficacia en el ámbito laboral, sino que también afecta la interioridad del ser humano, pues tiene el poder de generar ideas afectando así a la visión de la realidad que tienen los individuos. De esta manera, la IA no sólo cumple la función de facilitar nuestras tareas diarias, sino que también hoy se ha convertido en una de las principales fuentes

6 León XIV, *Magnífica humanitas*, 110.

7 Cfr. León XIV, *Magnífica humanitas*, 96.

de conocimiento de la población. ¿Y no es este un cambio positivo? Antiguamente podíamos estar horas buscando la información en libros, pero ahora con solo un clic tengo todos los datos que necesito al alcance de la mano, por lo tanto ¿qué problema puede existir en el desarrollo de la IA? ¿Por qué alguien querría desarmarla?

Este modo de generar ideas trae consigo ciertos problemas que impiden realizar un debate público en vista al bien común. Esto se debe a que, por un lado, la IA genera una cantidad de información que es inabarcable para el ser humano de modo que entre tanta cantidad se vuelve difícil hacer un análisis crítico de toda ella. Así, herramientas que podrían favorecer el debate y la participación se utilizan a menudo para construir narrativas sesgadas y difuminar los límites entre lo verdadero y lo falso, mezclando datos y opiniones. La desinformación no surge con la IA, pero encuentra hoy en ella un potente multiplicador⁸.

Esto constituye un grave problema para la participación democrática, pues en la medida en que no podemos distinguir la veracidad de la información, quedamos sometidos al reino de la opinión, lo que en última instancia reduce el debate político a una defensa de las preferencias personales dejando de lado una reflexión en torno al bien común. Si todo es

8 León XIV, *Magnifica humanitas*, 132.

cuestión de opiniones, no importa en última instancia argumentar, y junto a ello la verdad se excluye de la discusión pública desencadenando una lógica completamente individualista.

Por otro lado, no sólo existe un problema con la información que circula en el espacio público, sino que también por quienes la generan. Aquellos que poseen los recursos técnicos y económicos pueden influir con mayor facilidad en el contenido de la cultura⁹, pues tienen la posibilidad de producir información que al no ser verificado es considerada como real. Esto da paso a que cada vez importe menos la verdad o falsedad, sino que pareciera sólo ser relevante nuestra aceptación o rechazo de la información, sin exigir más que nuestra subjetividad como criterio último de verificación. Así, estos grupos que concentran el poder influyen el imaginario colectivo imponiendo su visión de la realidad sobre los demás. “Los contenidos que circulan en los entornos digitales influyen en la forma en que las personas perciben el mundo e introducen en la conciencia colectiva imágenes y relatos que orientan los deseos e influyen en las decisiones cotidianas”¹⁰.

De esta manera, las grandes amenazas para la política en esta nueva era digital son la incapacidad para distinguir lo

9 Cfr. León XIV, *Magnífica humanitas*, 133.

10 León XIV, *Magnífica humanitas*, 135.

verdadero de lo falso, y de aquí se sigue el peligro de ser manipulados por quienes tienen un dominio sobre las tecnologías. Si bien, se podría objetar que esto no es nuevo, dado que la política siempre ha estado expuesta a este tipo de prácticas en donde una minoría trata de influenciar en la opinión pública para obtener su aprobación, a través de *fake news* u otros medios, la IA es mucho más eficaz en esta tarea dado que puede falsificar videos, audios, imágenes o crear información falsa sobre un hecho con mayor rapidez y precisión. En consecuencia, al no poder distinguir sobre la validez o invalidez de la información recibida sólo me queda confiar “ciegamente” o seguir la opinión de la mayoría como guía, la cual en última instancia parece aceptar ciegamente la información que le es más conveniente al sujeto, lo que no necesariamente es lo más adecuado para la comunidad política. Esto nos lleva a preguntarnos lo siguiente: ¿Qué podemos hacer para cultivar un sano debate democrático, es decir, un diálogo guiado por la verdad y el bien común?

Cultivar un sano realismo

¿Qué hacer ante este panorama? León XIV propone cultivar un *sano realismo*, que “comienza por ver con claridad los intereses, los miedos, las limitaciones y las relaciones de poder, precisamente para calcular qué es posible lograr y con qué pasos”¹¹. En otras palabras, la reflexión política debe distin-

11 Cfr. León XIV, *Magnifica humanitas*, 218.

guir con precisión los fenómenos sociales, para luego poder ofrecer soluciones robustas a los problemas políticos. Aquí se vuelve necesario el reconocimiento de la verdad, pues sin argumentos objetivos la sociedad construye normas y leyes incapaces de garantizar el bien común. Sólo podemos garantizar el desarrollo pleno de los habitantes de una ciudad si logramos entender qué es aquello que los perfecciona, y una reflexión de ese tipo requiere en última instancia el reconocimiento de una naturaleza inmutable que nos pertenece por el sólo hecho de existir. Este punto es fundamental dado que al aceptar dicho principio ya no es plausible reducir todo a las opiniones de los sujetos, sino que es necesario analizar críticamente la realidad que nos rodea.

Ahora bien, si queremos promover una democracia que no excluya la verdad, es necesario promover y desarrollar el diálogo entre los ciudadanos. De este modo, en primera instancia, debemos comprender que dialogar no es mencionar lo que cada uno piensa, sino que implica compartir, analizar y comparar nuestros puntos de vista con los demás. Luego, en segunda instancia, hay que percatarse que el diálogo no sólo tiene una dimensión racional, sino que también relacional en la medida en que requiere vínculos de confianza y prácticas compartidas¹². Para ello necesitamos compartir un lugar común en el cual podamos conocernos y manifes-

12 Cfr. León XIV, *Magnífica humanitas*, 132.

tar nuestras preocupaciones para construir un futuro mejor para todos. Si logramos poner esto en práctica podremos reemplazar las ideas dominantes del imaginario colectivo, para fundar una comunidad política que promueva la racionalidad y confianza entre sus miembros.

Conclusión

La democracia está hoy en crisis, puesto que se ha convertido en un medio para mediar entre una pluralidad de opiniones. No obstante, el gobierno democrático es mucho más que eso. Ésta permite participar a todos los ciudadanos en las decisiones políticas, pero al mismo tiempo debe promover un debate con contenido. En este sentido, debemos recordar que “la búsqueda de la verdad es un elemento esencial para la democracia, que es en sí misma un instrumento de participación en el bien común”¹³. Verdad y democracia son dos términos que hallan su punto de encuentro en el diálogo, cuyo fin es pensar en conjunto cómo alcanzar la vida buena.

De este modo, no debemos rechazar los avances de la IA, sino que hacer un uso responsable de ello. Como toda herramienta podemos hacer un buen uso de ella, pero para eso es necesario reflexionar sobre los contenidos que generamos

13 León XIV, *Magnifica humanitas*, 134.

a partir de ésta. Y, la clave para lograr tal objetivo es reconocer y manifestar la necesidad de la verdad. Estando ésta en la base del desarrollo tecnológico podremos desarrollar una sana democracia en relación en la tecnología.

Referencias

Dicasterio para la Doctrina de la Fe & Dicasterio para la Cultura y la Educación, *Antiqua et Nova*.

Francisco, Laudato si'. *Sobre el cuidado de la casa común*. Ediciones UC.

León XIV, *Magnífica humanitas. Sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial*. Ediciones UC.

Sobre la Encíclica “*Magnifica Humanitas*”

Gustavo Adolfo Cárdenas Ortega*

Los cristianos católicos debemos estar especialmente alegres y sensiblemente agradecidos por la carta encíclica *Magnifica humanitas*, que acaba de promulgar el Papa León XIV. El documento trata sobre “la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial”, y entrega un mensaje profundo, macizo, comprensivo, actual, pleno de sutilezas y distinciones, que recogiendo lo más precioso de la tradición de la Doctrina Social de la Iglesia, aporta orientaciones espirituales, éticas y prácticas para encarar con responsabilidad los desafíos que nos impone la técnica, y en particular, la denominada Inteligencia Artificial (IA).

* Abogado, Comunicador Social. Magister en Doctrina Social de la Iglesia. Tiene estudios de postgrado en Comunicación Social, Humanidades y Filosofía. Ha sido directivo en el sector de la educación superior privada. Columnista en medios electrónicos y físicos.

Antes que nada, habría que decir que esta expresión ya es, de suyo, una especie de contrasentido, una desmesura, en cierto modo un abuso del lenguaje. En grado eminente, la inteligencia se predica de Dios, y luego, en el plano de la naturaleza, se refiere específicamente a la facultad espiritual propia de la persona humana, que la orienta y coloca en el camino, no exento de avatares y complejidades, del conocimiento de la verdad.

El Papa revisa la trayectoria de la Doctrina Social de la Iglesia, desde que esta fuente magisterial fijara un hito no exactamente fundacional, puesto que dicha doctrina entronca directamente con la Sagrada Escritura, pero sí una expresión inaugural en la época moderna, con la publicación por León XIII, en mayo de 1891, de la encíclica *Rerum novarum*. A través de este documento, el pontífice finisecular entregaba a la cristiandad la posición y las orientaciones de la Iglesia frente a las “realidades nuevas” de su tiempo: el problema del trabajo y la dignidad de los trabajadores, el salario justo y, en general, lo que en aquella época se denominó la “cuestión social”. Nuestro pontífice hace un recorrido reflexivo y completo que resalta el aporte que fue entregando cada uno de sus predecesores a esa naciente Doctrina Social, reseñando con precisión las contribuciones de Pío XI, Pío XII, san Juan XXIII, san Pablo VI, san Juan Pablo II, Benedicto XVI y, finalmente, el Papa Francisco.

Junto a lo anterior, el pontífice resalta y explica los principios fundamentales que informan este magisterio social: la dignidad de la persona humana, el bien común, el destino universal de los bienes, la subsidiariedad, la solidaridad y la justicia social, todos ellos componentes necesarios para construir un orden social acorde con las exigencias ontológicas de la persona, la familia y la multiplicidad de formas asociativas que asumen los seres humanos y se verifican en la sociedad. Estos principios, a la vez, actualmente, debieran constituirse en criterios de análisis para evaluar si las tecnologías digitales y la IA, están siendo desarrolladas conforme a las exigencias que emanan de la dignidad de las personas, en los diferentes entornos en que estas se desenvuelven: la familia, el trabajo, la educación, la participación en la vida política.

León XIV plantea que la técnica, y su producto más reciente, la IA, no son neutrales, puesto que obedecen a un paradigma que enfatiza la eficiencia, el rendimiento, la utilidad, y que en cierto modo prescinde de la persona y sus exigencias. Por ello, tiene que ser asumida con una visión ética, en función del desarrollo humano integral, y no como un mero instrumento que termina deshumanizando al hombre. “El poder técnico, si no se equilibra, no nos hace más capaces; nos aísla, y nos expone aún más a lógicas de dominio y de exclusión” (MH, 113), afirma León XIV. Es necesario entender el fenómeno de la técnica y buscarle un sentido que

sea compatible con el desarrollo y crecimiento de la persona, pero no inspirado en la pretensión ilusoria de conquistar un estadio de perfección “más que humano”, que rompiese y traspasara los límites de nuestra propia naturaleza humana. Esos intentos de mejorar al hombre, de corregir los defectos, de suplir la determinación biológica, de imbricarlo con la máquina, de conquistar metas que van más allá de las posibilidades esenciales, aparte de ser ambiciones fantasiosas, normalmente terminan oprimiendo a los seres humanos y amagando la libertad; en el fondo, deshumanizan al hombre y la convivencia.

“Para un algoritmo —dice León XIV—, el error es algo que hay que corregir; para una persona, puede ser el inicio de un cambio profundo. El futuro de una persona no es calculable, sino que está confiado a su libertad —elevada por la inagotable gracia divina— y a las relaciones que cultiva” (MH, 128).

Se adivina detrás del desarrollo de la técnica moderna, de las tecnologías digitales de comunicación e información, un prurito de eficiencia, de rendimiento, de supresión de aquellas realidades que evidencian los límites de lo humano, como el fracaso, el dolor y el sufrimiento, con la ilusión de que así mejoraría la vida humana, tanto a nivel individual como en el plano comunitario. Pero esos intentos han mostrado una y otra vez que no contribuyen a humanizar a las

personas y la convivencia, sino más bien a lo opuesto: se vuelven contra el hombre.

En su momento, sobre este punto, Benedicto XVI prevenía: “Podemos tratar de limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no podemos suprimirlo. Precisamente cuando los hombres, intentando evitar toda dolencia, tratan de alejarse de todo lo que podría significar aflicción, cuando quieren ahorrarse la fatiga y el dolor de la verdad, del amor y del bien, caen en una vida vacía en la que quizá ya no existe el dolor, pero en la que la oscura sensación de falta de sentido y la soledad es mucho mayor aún. Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito” (*Spe salvi*, 37).

El mundo digital y la IA, como afirma León XIV, ya forman parte de nuestra cultura, porque configuran el ambiente en que se forman las nuevas generaciones y en que nos desenvolvemos cotidianamente, en la familia, en el trabajo, en la escuela, en la universidad, en las más variadas interacciones sociales.

El Papa advierte: “La omnipresencia de los medios digitales genera una cultura de la inmediatez y la sobreestimulación, que alimenta el cansancio, el aburrimiento y la apatía ante

el esfuerzo que supone buscar la verdad” (MH, N° 139). De ahí la necesidad de estar alertas y vigilantes para evitar que este ambiente cultural que ya es parte de nuestra forma de vida, no nos desvíe o distraiga de lo importante, de lo que confiere sentido a la existencia, como son las relaciones interpersonales, el ejercicio de la libertad, el compromiso con los demás y con la comunidad, y el amor en sus multiformes manifestaciones.

En este sentido, el exceso de redes sociales, la compulsión por estar siempre conectado, la urgencia de reacción automática desde un perfil digital, pueden llegar a distorsionar el sentido de la técnica y hacer de ella un fin en sí mismo, cuando en realidad todos estos instrumentos son medios que debieran estar a nuestro servicio.

La encíclica *Magnífica humanitas*, es una invitación a reflexionar sobre estos asuntos, a la luz de los principios más valiosos que han estado en el sustrato de la formación de nuestras sociedades; esos que han inspirado el desarrollo humano integral y que han orientado la construcción de comunidades integradas. El progreso de la técnica requiere ser asumido desde aquellas exigencias que devienen de lo propiamente humano, para que ella realmente esté al servicio del bien de las personas y del bien común de la sociedad.

Custodiar la humanidad: Principios y desafíos de la *Magnífica Humanitas* ante la inteligencia artificial

Nicolás Fuentes Valdebenito*

Una encíclica para el cambio de época¹

El 15 de mayo de 2026, en el año en que se cumplen ciento treinta y cinco años de la *Rerum novarum*, el Papa León XIV firmó la carta encíclica *Magnífica humanitas*, dedicada, según su subtítulo, a «la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial». La fecha no fue elegida al azar: es la misma en que, en 1891, León XIII inauguró con la *Rerum novarum* aquella reflexión sobre la sociedad, la

* Director ejecutivo del Centro Interdisciplinario en Ética, Política y Economía (CIE-PE). . Licenciado en Filosofía por la UCSC. Docente de la Universidad Santo Tomás, Duoc UC y UCSC. Correo electrónico: nicolas.fuentesv@fundacionciepe.org

1 Las cifras entre paréntesis remiten a los números de la encíclica *Magnífica Humanitas*.

economía y la política que hoy llamamos Doctrina Social de la Iglesia. Con ese gesto, el Pontífice quiso decir algo sencillo y profundo: la «cuestión social» de la que hablaba su predecesor no ha desaparecido, sino que ha cambiado de rostro.

Si León XIII llamó «cosas nuevas» (*rerum novarum*) al conflicto entre el capital y el trabajo de la era industrial, las «cosas nuevas» (*res novae*) de nuestro tiempo son, reconoce León XIV, la digitalización, la inteligencia artificial (IA) y la robótica, que «están transformando nuestro mundo» con una rapidez sin precedentes (n. 4). El título mismo de la encíclica anuncia su corazón: existe una *magnífica humanidad*, una grandeza propia del ser humano creado a imagen de Dios, que ninguna máquina podrá jamás sustituir, y que estamos llamados a custodiar precisamente ahora, cuando nuevas formas de deshumanización amenazan con eclipsarla (cf. n. 15).

Conviene aclarar de entrada lo que esta encíclica no es. No es un tratado técnico sobre la inteligencia artificial ni un manual con respuestas cerradas. El propio León XIV admite con humildad que cualquier afirmación sobre estos sistemas «corre el riesgo de quedar obsoleta en poco tiempo», y que incluso quienes los diseñan «saben muy poco sobre su funcionamiento efectivo» (98). Lo que ofrece es otra cosa: una mirada serena y exigente, dirigida no solo a los católicos sino «a todos los hombres y mujeres de buena voluntad»,

para discernir, a la luz del Evangelio y de la razón, cómo vivir con responsabilidad este cambio de época. Y lo hace con una convicción esperanzada: el futuro no está escrito por las máquinas, sino confiado a nuestra libertad.

Babel o Jerusalén: la pregunta que lo decide todo

Para orientar esa mirada, el Papa propone dos imágenes bíblicas que recorren toda la encíclica y conviene tener presentes desde el principio (7–10). La primera es la torre de Babel (Gn 11): una obra colosal, levantada con «una sola lengua, una sola tecnología, una sola dirección», pero concebida sin Dios y movida por el afán de bastarse a sí misma. Babel es la uniformidad que aplasta la diversidad, la eficiencia que sacrifica a las personas, el orgullo que quiere tocar el cielo sin la bendición de lo alto. Su final no es la unidad, sino la confusión y la dispersión.

La segunda imagen es la reconstrucción de los muros de Jerusalén que narra el libro de Nehemías (Ne 2–6). La ciudad está en ruinas tras el exilio; pero Nehemías, antes de actuar, reza, observa en silencio los escombros y no impone soluciones desde arriba: reúne a las familias, confía a cada una un tramo de muralla, escucha sus temores y coordina el esfuerzo común. La ciudad renace no por la iniciativa de un solo hombre, sino por la responsabilidad compartida de todo el pueblo, que sabe que su fuerza viene de Dios. Jerusalén no es uniformidad: es comunión.

A la luz de estas dos figuras, León XIV lanza una afirmación que cambia los términos del debate: «la primera elección no es entre un “sí” o un “no” a la tecnología, sino entre construir Babel o reconstruir Jerusalén» (9). Dicho de otro modo: la pregunta decisiva no es si usaremos la inteligencia artificial (ya forma parte de nuestra vida cotidiana), sino con qué espíritu y hacia qué fin. El «síndrome de Babel», es decir, la idolatría del lucro que sacrifica a los débiles, la homogeneización que borra las diferencias y la pretensión de reducirlo todo, hasta el misterio de cada persona, a «datos y rendimientos» (10), se opone al «camino de Nehemías», que transforma la diversidad en riqueza y hace del trabajo compartido la forma de edificar.

De aquí brotan las cuatro condiciones para «edificar en el bien» que el Papa enuncia al comienzo y retoma al final (11–14): construir sobre la roca de la relación con Dios; aceptar el límite y la fragilidad humana sin verlos como un error que haya que corregir; asumir una corresponsabilidad valiente: «a cada uno corresponde su tramo de muralla»; y cuidar el lenguaje, eligiendo palabras que iluminen en lugar de humillar. Cuatro actitudes, en el fondo, que acompañarán al lector a lo largo de todo el documento.

El espejismo del poder: el paradigma tecnocrático

Antes de juzgar, la Doctrina Social mira de frente la realidad, y el diagnóstico de León XIV es lúcido. Vivimos, dice,

un verdadero «cambio de época» (6), en el que el poder de las nuevas tecnologías se entrelaza con la vida diaria, moldea nuestras decisiones e influye hasta en lo que soñamos y deseamos. Hay, además, una novedad que merece atención: si antes era sobre todo el Estado quien impulsaba la innovación, hoy los grandes motores del desarrollo son «actores privados, a menudo transnacionales», con más recursos que muchos gobiernos (5). El poder tecnológico tiene así un rostro nuevo, en buena medida privado, y por eso más difícil de vigilar y de orientar al bien de todos.

La raíz del problema, retomando una intuición del Papa Francisco en *Laudato si'*, es lo que se llama el paradigma tecnocrático (92–94): la tendencia a dejar que la sola lógica de la eficiencia, el control y el lucro gobierne nuestras decisiones. Cuando la técnica deja de ser una herramienta al servicio de la persona y se convierte en el criterio que decide qué cuenta y qué puede descartarse, algo se ha invertido peligrosamente. Frente al deslumbramiento, el Papa recuerda con el pensador Romano Guardini que «el hombre moderno no está preparado para utilizar el poder con acierto» (93), y advierte con una frase que vale la pena retener: «más poderoso no significa necesariamente mejor».

¿Y qué es, en concreto, la inteligencia artificial? León XIV evita las definiciones rígidas, pero deshace un malentendido de fondo: no debemos confundir esta «inteligencia» con la

humana (99). Estos sistemas imitan algunas funciones de nuestra mente y muchas veces la superan en rapidez y en capacidad de cálculo; pero su potencia se limita al tratamiento de datos. No tienen cuerpo ni experiencia, no maduran en las relaciones, no aman ni sufren y carecen de conciencia moral: pueden simular cercanía, pero «cuando la palabra es simulada, esta no construye una relación, sino una apariencia» (100). El Papa usa una imagen reveladora: las IA actuales están “más ‘cultivadas’ que ‘construidas’”, porque sus creadores no diseñan cada detalle, sino una arquitectura sobre la que el sistema «crece» de un modo que en gran parte sigue siendo un misterio incluso para ellos (98).

De ahí una de sus tesis más firmes: la inteligencia artificial «no es moralmente neutra» (n. 104). Toda herramienta lleva dentro de sí decisiones y prioridades: lo que mide, lo que ignora, a quién favorece. Confiar a un algoritmo la potestad de decidir «quién es digno y quién no», sin que nadie cargue con esa decisión, hace que la injusticia se cometa en silencio, disfrazada de objetividad «ante la cual es imposible protestar» (103). El verdadero peligro, advierte el Papa, no es solo el mal uso de algunas tecnologías, sino que el clima tecnocrático llegue a «hacer parecer justa y normal una visión antihumana», según la cual vivir plenamente sería tener más, sufrir menos y controlarlo todo (112).

Por eso dedica páginas serenas a las corrientes del transhumanismo y el posthumanismo (115–117), que presentan el progreso como una superación del ser humano y prometen una «humanidad potenciada». El problema, aclara, no está en usar la técnica, sino en la idea del hombre que late detrás: si la persona es vista como un material que se puede perfeccionar o superar, resulta más fácil llegar a considerar que algunos valen menos, son menos útiles o menos deseables (117). Vuelve aquí, intacta, una advertencia de san Pablo VI: las conquistas de la ciencia y de la técnica, separadas del progreso moral, terminan por volverse contra el propio hombre.

Una sabiduría que no envejece: los principios de la Doctrina Social

Para juzgar todo esto, el Papa no inventa criterios nuevos: acude al patrimonio que la Iglesia ha ido madurando desde León XIII. La encíclica recorre brevemente ese camino, de la *Rerum novarum* a la *Quadragesimo anno*, de Pío XII y san Juan XXIII al Concilio Vaticano II, de Pablo VI a san Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco, para mostrar que la Doctrina Social «no es fruto de un proyecto elaborado en un escritorio», sino el resultado de un proceso paciente en el que cada generación se dejó interpelar por las preguntas de su tiempo (45). No es, insiste, «un manual de principios y normas que hay que aplicar, sino un camino de discernimiento comunitario» (27).

Sobre ese fundamento, León XIV vuelve a proponer los grandes principios de la Doctrina Social, mostrando cómo cada uno arroja luz sobre la era digital. Todo comienza por la dignidad de la persona. El Papa distingue varias maneras de hablar de ella, pero subraya la más honda: la dignidad ontológica, esa que «pertenece a todo ser humano simplemente por el hecho de existir, de haber sido querido, creado y amado por Dios» (52). No se compra, no se gana, no hay que demostrarla. Por eso denuncia como «particularmente insidiosa» la mentalidad que pretende que cada uno deba ganarse su propio valor, otorgando «mayor valía a quienes son más eficientes y productivos» (51). Cuando se piensa así, la persona se rebaja a un recurso que se usa y se desecha. Quizá sea esta la advertencia más necesaria de toda la encíclica frente a una cultura que mide a las personas por su rendimiento.

De esa dignidad reconocida a cada uno nace el primer principio social: el bien común, que el Papa define con una imagen feliz como «la forma social de la dignidad que se reconoce a cada uno» (59). No es la simple suma de los intereses de cada cual: «el todo es más que las partes» (61), y solo juntos podemos construirlo. Cuando la política se encierra en cálculos de corto plazo o en peleas estériles, los discursos sobre el bien común se vacían y crecen las desigualdades (63).

Muy unido a él está el destino universal de los bienes: los bienes de la tierra «han sido dados por Dios a toda la familia humana», y la propiedad privada, siendo un derecho, está siempre al servicio de ese destino común (65–66). Aquí la encíclica da un paso nuevo y muy actual: entre esos bienes que son de todos hay que contar hoy también «las nuevas formas de propiedad: patentes, algoritmos, plataformas digitales, infraestructuras tecnológicas, datos» (67). Cuando todo eso se concentra en pocas manos, se abre una brecha inédita «entre quienes pueden participar en la revolución digital y quienes permanecen al margen».

El principio de subsidiariedad, según el cual lo que pueden hacer las personas y las comunidades no debe ser absorbido por instancias superiores, recibe una relectura especialmente aguda. En el mundo digital, advierte el Papa, ese «nivel superior» que todo lo absorbe ya no es solo el Estado, sino «todo gran actor económico y tecnológico» que decide, de hecho, las condiciones de acceso, las reglas de visibilidad y las oportunidades de cada uno (71). La subsidiariedad pide entonces que esos procesos no se impongan «desde lo alto de modo opaco y unilateral», sino con transparencia, auditorías independientes, acceso equitativo a los datos y verdaderas vías de reclamo.

A su lado, la solidaridad nace del reconocimiento de que «nadie se salva solo» (73). El Papa muestra cómo ambos principios se necesitan: sin solidaridad, la subsidiariedad se vuelve mera defensa de intereses propios; sin subsidiariedad, la solidaridad degenera en un asistencialismo que no responsabiliza. Hoy existe ya una «solidaridad de hecho», las redes nos mantienen conectados en tiempo real, pero esa red de vínculos «no es aún solidaridad en sentido pleno si no se convierte en una decisión consciente» (74). Como el medioambiente, también el «ecosistema digital» puede cuidarse o explotarse, compartirse o monopolizarse.

Finalmente, la justicia social exige mirar la realidad comenzando por los últimos (77–81). Retomando la denuncia de la «cultura del descarte», el Papa recuerda que las injusticias no nacen solo de malas decisiones personales, sino también de estructuras que «producen desigualdad casi automáticamente». En lo digital, la justicia pide impedir nuevas exclusiones: pueblos sin acceso a las tecnologías básicas, comunidades sometidas a vigilancia y personas perjudicadas por «algoritmos opacos que reproducen prejuicios y discriminaciones» (80). Y propone una prueba muy concreta: el modo en que tratamos a los migrantes y refugiados revela si nuestra idea de justicia está guiada por el miedo o por la fraternidad (81).

Todos estos principios confluyen en una idea que Pablo VI llamó «el nuevo nombre de la paz»: el desarrollo humano integral, el que promueve «a todos los hombres y a todo el hombre» (82) y que hoy resulta inseparable del cuidado de la casa común. De ahí la pregunta sencilla con la que León XIV propone evaluar cualquier tecnología, incluida la IA: ¿ayuda realmente «a hacer crecer a las personas y a los pueblos en humanidad y fraternidad, en el respeto a la casa común y a las generaciones futuras»? (85). Antes de seguir, el Papa añade una nota de honestidad: la Doctrina Social «no es sólo una palabra dirigida a la sociedad; es también un examen de conciencia para la Iglesia» (n. 86), llamada a vivir primero en su propio interior la transparencia y la escucha de las víctimas.

Custodiar lo humano: verdad, trabajo y libertad

Llega entonces la parte más concreta de la encíclica, donde los principios se traducen en orientaciones para tres terrenos en los que la transformación digital nos toca de cerca: la verdad, el trabajo y la libertad.

La verdad. Las plataformas y la IA, que podrían favorecer el diálogo, se usan muchas veces para «difuminar los límites entre lo verdadero y lo falso». La desinformación no nació con la inteligencia artificial, pero encuentra en ella «un po-

tente multiplicador» (n. 132). Y la verdad, recuerda el Papa, no es solo cuestión de comprobar datos: es también relacional, se construye sobre la confianza, y es condición de la democracia. Cuando deja de importar lo que es verdadero y solo cuenta lo que resulta útil o eficaz, la vida democrática se debilita; con una cita de la pensadora Hannah Arendt, el Papa advierte que el terreno ideal de todo totalitarismo son las personas para quienes «ya no existe la distinción entre el hecho y la ficción» (134). De ahí su llamado a una «ecología de la comunicación» y a una «alianza educativa» entre la escuela, la familia y las instituciones, capaz de formar en una verdadera «higiene de la atención»: tiempos de silencio, lectura y reflexión sin los cuales la libertad interior se resiente (146).

El trabajo. Desde la *Rerum novarum*, el trabajo es «la clave esencial» de toda la cuestión social. Hoy la automatización, la robótica y la IA están cambiando su rostro, y no siempre para mejor: pueden «desespecializar a los trabajadores, someterlos a una vigilancia automatizada y relegarlos a tareas rígidas y repetitivas» (150). Frente al temor real de un desempleo masivo, el Papa reafirma un principio que no admite excepciones: «la persona humana es un fin y no un medio, y el orden económico debe permanecer subordinado a su dignidad y al bien común» (152). Por eso pide gestionar el cambio con previsión, mediante criterios claros (156): que toda automatización vaya acompañada de medidas verifica-

bles para proteger el empleo y recapacitar a las personas; que la formación continua esté al alcance de todos; y que las empresas cuenten la dignidad del trabajo «entre los indicadores de éxito», y no solo las ganancias.

La economía. Es aquí donde la encíclica se muestra más crítica con lo que podríamos llamar la mentalidad economicista, esa que mide el éxito únicamente en costos y beneficios. El Papa lo dice sin rodeos: «la libertad económica no es absoluta y debe medirse siempre en función del bien común y de la dignidad de cada persona» (157). Denuncia a quienes ven «inútil o poco rentable invertir en las personas» que parten en desventaja (158) y la vieja ilusión de que la riqueza, «al final», acabará por gotear hacia los pobres. En diálogo con la economía, propone ir más allá del Producto Interno Bruto como única medida del progreso (un indicador con más de ochenta años) y crear nuevas métricas que tengan en cuenta la dignidad del trabajo, la desigualdad y el cuidado del medioambiente (159). Y recuerda que la justicia «afecta a todas las fases de la actividad económica» (162): no es un añadido posterior al reparto, sino que acompaña cada decisión, desde la producción hasta el consumo.

La familia y los jóvenes. La familia, «célula fundamental e insustituible de toda organización comunitaria» (165), es un bien precioso pero frágil, herido de inmediato por el desempleo y la precariedad. Para los jóvenes, la inestabilidad

laboral es especialmente grave, porque el trabajo es el lugar donde «se forma la identidad, se tejen amistades y relaciones y se discierne la propia vocación» (167). De ahí la urgencia de una «creatividad política “a favor del empleo”» que ponga en el centro a las familias y a las nuevas generaciones (168).

Las nuevas esclavitudes. En una de sus páginas más punzantes, el Papa levanta el velo sobre la «larga cadena» que se esconde detrás de cada respuesta de la inteligencia artificial (173). En el mundo digital «nada es inmaterial o mágico»: buena parte de su funcionamiento descansa en el trabajo silencioso de millones de personas (que etiquetan datos, moderan contenidos a menudo terribles y entrenan los modelos), muchas veces jóvenes y mujeres mal pagadas; en la extracción de minerales donde «adolescentes y niños trabajan en condiciones peligrosas»; y en redes criminales que usan las plataformas para la trata de personas. El Papa habla incluso de un nuevo «colonialismo» que ya no domina solo los cuerpos, sino que «se apropia de los datos», es decir, perfiles de salud, mapas genéticos, de los pueblos más vulnerables (178). Renovando la condena de toda esclavitud que inició León XIII, y reconociendo con dolor el retraso histórico de la Iglesia en condenarla, el Pontífice «pide sinceramente perdón» (176) y exige transparencia en las cadenas de producción y una verificación ética rigurosa por parte de las empresas.

Del poder a la civilización del amor

El último gran tema es también el más dramático: la guerra. La revolución digital está cambiando «la gramática de los conflictos» (183), sumando a la guerra visible los ataques informáticos, la manipulación de la información y la automatización de decisiones militares. La IA puede ayudar a proteger, pero también «bajar el umbral del uso de la fuerza» y reducir al enemigo a un dato y a la víctima a un «daño colateral». Por eso el Papa es tajante: «No existe algoritmo que pueda hacer que la guerra sea moralmente aceptable» (198); las decisiones que matan o que son irreversibles «no pueden delegarse» en sistemas automáticos, sino que deben quedar siempre «bajo un control humano efectivo, consciente y responsable» (200). Y reitera la superación de la teoría de la «guerra justa», invocada con demasiada ligereza para justificar cualquier conflicto (192).

León XIV describe una creciente «cultura del poder», hecha de polarización y violencia, que normaliza la guerra, debilita la memoria histórica y se escuda en un «falso realismo» que presenta la paz y el diálogo como sueños ingenuos (204–205). Frente a ella propone recuperar con fuerza la «civilización del amor» que anunció Pablo VI: no «una utopía ingenua, sino un proyecto exigente» que consiste en «traducir la caridad en estructuras de justicia» (186) y convertir la interdependencia que sufrimos en una solidaridad libremente elegida.

Y, lejos de quedarse en la denuncia, señala cinco caminos al alcance de cualquiera (214–227): *desarmar las palabras* («desarmemos las palabras y contribuiremos a desarmar la tierra»); *construir la paz en la justicia*; *asumir la mirada de las víctimas*, «tocando la carne» de quien sufre; *cultivar un sano realismo*, lejos del idealismo y del cinismo; y relanzar el diálogo, la diplomacia y la cooperación entre los pueblos. Para describir la responsabilidad de cada uno, cita al escritor J. R. R. Tolkien: no nos toca «dominar todas las mareas del mundo», sino «hacer lo que está en nuestras manos por el bien de los días que nos ha tocado vivir» (213).

Constructores de comunión

La encíclica termina ofreciendo un sencillo «itinerario de vida cristiana» para habitar este tiempo a la luz del Evangelio. Frente a un transhumanismo que sueña con una humanidad sin cuerpo, el Papa recuerda que «el Verbo se hizo carne» y asumió nuestra fragilidad «para transformarla en lugar de salvación» (231–233). Y, como un «arquitecto sabio» sostenido por la esperanza, invita a cada uno a una tarea muy concreta (236–240): ser fieles a la verdad, invertir en la educación, cuidar las relaciones y amar la justicia y la paz.

Vuelve al final la figura que abre el documento: Nehemías, que escucha el grito de una ciudad herida, lo lleva a la ora-

ción, organiza el trabajo y reconstruye los muros «ladrillo tras ladrillo» junto a su pueblo. En él reconoce el Papa una imagen de nuestra vocación: no ser «espectadores resignados» ni «simples comentaristas de las ruinas», sino mujeres y hombres que entran en los lugares donde se decide el futuro («laboratorios de investigación, empresas tecnológicas, escuelas, medios de comunicación, instituciones, comunidades locales») para «levantar lo que se ha derrumbado» (241). Y el último canto es el de María: el *Magnificat*, que enseña a mirar la historia «desde abajo, con los ojos de quien sufre», y no «con la perspectiva de los poderosos» (244).

Así, la pregunta que atraviesa toda la encíclica: «¿qué estamos construyendo?» (n. 90); recibe su respuesta más honda. En el tiempo de la inteligencia artificial, custodiar a la persona humana significa elegir, en cada decisión técnica, económica y política, entre levantar otra Babel o reconstruir Jerusalén; significa ser, como pide León XIV, «constructores de comunión, no arquitectos de Babel; siervos del Reino que viene, no dueños de torres destinadas a derrumbarse» (16). Porque la magnífica humanidad que Dios ha puesto en cada persona no necesita ser superada por ninguna máquina, sino custodiada con amor, para que el mundo vuelva a reconocer en el corazón del ser humano «el lugar donde Dios desea habitar».

Referencias

Francisco. (2015). *Laudato si'* [Carta encíclica]. Libreria Editrice Vaticana.

León XIII. (1891). *Rerum novarum* [Carta encíclica]. Libreria Editrice Vaticana.

León XIV. (2026). *Magnifica Humanitas: Sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial* [Carta encíclica]. Libreria Editrice Vaticana.

Pablo VI. (1967). *Populorum progressio* [Carta encíclica]. Libreria Editrice Vaticana.

Pío XI. (1931). *Quadragesimo anno* [Carta encíclica]. Libreria Editrice Vaticana.

El paradigma de un auténtico desarrollo: entre una nueva Torre de Babel y el demonio del medio día.

Bolívar Aguayo Ceroni*

1.- ¿Es capaz la Iglesia de ofrecer a la sociedad “*un signo creíble*”?

Hemos recibido un gran don con la Encíclica *Magnifica humanitas*, pero también una gran provocación que no podemos soslayar: “*La Doctrina Social de la Iglesia nos conduce al corazón mismo de nuestra fe*” (48). Es decir, estas palabras están dedicadas a nuestro corazón, que reconoce en su relación con Dios su “vocación más profunda” y, por tanto, “*no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo*” (48). Por tanto, la Doctrina Social de la Iglesia no puede ser reducida a un manual de instrucciones con la

pretensión de administrar fórmulas que aplicar a la sociedad, a los otros, sino ante todo es un *“examen de conciencia para la Iglesia, casa y escuela de comunión, siempre llamada a verificar que los principios expuestos en este capítulo se vivan sobre todo en su interior”* (86). Se trata de las palabras y preguntas dirigidas por un padre a sus hijos, y no sólo de criterios de arbitraje en medio de tantas vicisitudes. El corazón mismo de nuestra fe es llamado a despertarse y sorprenderse ... *“capaz de construir relaciones solidarias y preciosas entregadas al don total de sí”* (49).

Porque la tarea de buscar el bien común ... *“en la corresponsabilidad y en la fraternidad, no es una utopía, sino una posibilidad real”* (89).

La Doctrina Social de la Iglesia se pone dentro de nuestra experiencia cristiana más allá de moralismos o sentimientos pietistas de auto censuras o de complejos de inferioridad, ante todo porque hemos recibido una gran gracia, que se renueva con estas quemantes palabras del Papa León XIV... *“posibilidad real”*, también porque continúa a crecer nuestra pasión por el hombre ante dramas indescritibles como el terremoto en Venezuela: compartir sus necesidades para compartir el sentido de la vida. Esto es ya una experiencia en curso en muchas comunidades. Un pequeño gesto, *“signo creíble”* de una solidaridad que documenta una “Magnífica humanidad”.

2.- ¿Cómo podrá cambiar la política si no emerge el verdadero rostro de quienes la construyen?

En este sentido, Carlo Betocchi afirma que “el arte no necesita hombres irreverentes, sino hombres conmovidos”. La dignidad humana una tarea inconclusa en América Latina. La hija mayor, el primer principio de la Doctrina Social de la Iglesia viene sacrificado como antiguo rito pagano. ¿Por qué nos domina esta obsesión de afirmar nuestro poder contra esta flor, esperanza y razón de toda nuestra obra humana? El Papa León XIV se encarga de recordarnos los seis principios más importantes de la Doctrina Social de la Iglesia, que habría que aprender de memoria, enseñarlos a los hijos y en las escuelas: la dignidad humana, el bien común, el destino universal de los bienes, la subsidiariedad, la solidaridad y la justicia social. Sin embargo, ya en el primero, la dignidad de la persona humana, nuestras sociedades en América Latina vendrían severamente reprobadas. La iglesia nos reclama y recuerda ardientemente que la persona humana permanece siempre como el *“camino primero y fundamental de la Iglesia”* y el corazón de toda auténtica vía de desarrollo humano integral.

Parafraseando a Betocchi, podríamos decir que la política *“no necesita hombres irreverentes, sino hombres conmovi-*

* Empresario, Magíster en Educación, Ex presidente de la Compañía de las Obras en Chile.

dos”...en cambio abundan los primeros “cada uno aferrados a sus dioses , son producto de toda una historia y los modelan y los destruyen y según eso ordenan sus vidas” (canción ‘Los momentos’ de Eduardo Gatti), prisioneros de sus ideologías que se han hecho viejas, en que buscan legitimar una constante y creciente violencia en que no se puede disimular el abuso contra la dignidad de la persona en un escenario, además, de una pobreza crónica.

Violencia y pobreza, las más graves amenazas a la persona humana y el desarrollo de los pueblos en América Latina. *“Es importante vigilar para que este crecimiento en la conciencia de la dignidad humana no sea ofuscado bajo la presión de nuevas ideologías o de determinados intereses del gran poder en el mundo de hoy. Entre estas ideologías considero particularmente insidiosa la que sugiere que toda persona deba ganarse o justificar su propio valor, hasta el punto de atribuir mayor valía a quienes son eficientes y productivos”* (51). En cambio, se trata de *“una dignidad infinita”* que tenemos que volver a contemplar para poder aprenderla... ¡no se trata de algo que demostrar ni ganarse!

Insiste León XIV, citando a Juan Pablo II, esta dignidad puede *“definirse infinita”*, porque es infinito el amor de Dios, *“que lo llama a la amistad con Él, y porque es absolutamente incondicionada... nunca se encontrará nada que pueda suprimirla o negarla”* (53).

Quizá qué ímpetu y qué conciencia donaría a nuestras constituciones en América Latina partir de esta certeza, dignidad infinita, en cambio que los contragolpes totalitarios o pseudo liberales que disimulan su forma de restringirla, y sólo siembran una ideologización creciente en la sociedad política que polariza cada vez más la convivencia civil.

Por otra parte, la impaciencia de las ideologías por descifrar el misterio de lo humano, también de las últimas, es ignorar que el misterio del hombre se esclarece sólo delante de una presencia más grande que él, y que, incluso, esto es imposible sin el concurso de la propia libertad del hombre.

La prisa de las ideologías del s. XX no escatimaron herramientas para someter la libertad humana y hoy la tecnocracia, avalada en la IA, podría entramparse en el mismo espejismo. *“Son las personas concretas las que cuentan, cada una de ellas y sus familias. Los movimientos sociales, las grandes proclamas políticas en favor del pueblo y las ideologías comunitarias no sirven para nada si no están orientadas a la promoción de las personas —hombres y mujeres— con sus derechos inalienables”* (58).

La invitación de León XIV de proponer nuestras propias preguntas y desafíos a la Doctrina Social de la Iglesia, nos convoca a mirar la raíz de nuestros problemas actuales y, en el caso de la extrema polarización del ámbito político, especialmente en el caso de Perú, Colombia y Chile, no po-

demos soslayar ni amortiguar la insistencia de la Doctrina Social de la Iglesia de que la *“comunidad política está al servicio de la sociedad civil”*, de que el Estado no es la sociedad civil ni puede arrogarse este derecho —como se enseña, aun equívocamente, en tantas universidades y colegios— sino que su función es ante todo cuidar del orden y el bien común.

En cambio, la política olvida *“servir”* al pueblo cuando ante todo pretende *“corregirlo”*. No *“regirse con él”*, que sería la virtud de la democracia, sino en aras del poder, corregir. Detrás de todo ello hay una raíz enferma difícil de reconocer, el hecho que León XIV cita a Benedicto XVI: *“el hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo, de su vida y la sociedad”*. La política determinada por la ideología y la tecnocracia, en última instancia, se vuelve tóxica porque como recuerda León XIV, citando a Guardini, *“El hombre moderno no está preparado para utilizar el poder con acierto”* (93). En cambio, a menudo es lo único que espera, alcanzar el poder, aunque sea por un voto, en una mezcla de ingenuidad y prepotencia, donde en la lucha ardua por la conquista del Estado se diluye el alma de la política: servir al pueblo.

3.- El paradigma de un auténtico desarrollo: entre una nueva Torre de Babel y el “demonio del mediodía”.

El desarrollo es auténtico “*sólo si es integral*”. La venerada memoria de la Doctrina Social de la Iglesia sobre esta expresión corta de plano nuestra doble ambigüedad que corteja, de una parte, cierto pauperismo criollo que elude hablar de desarrollo y, por otra parte, un culto tecnocrático que elude la apuesta “*integral*”. Toda esta estéril contraposición fraudulenta —permítaseme la expresión— entre crecimiento y equidad, naufraga ante la visión del Papa: “*El desarrollo tanto para las personas como para las naciones, es una tarea y al mismo tiempo un derecho; requiere condiciones mínimas que hagan posible a cada persona y a cada pueblo madurar según la propia dignidad sin ser mantenidos en dependencia o excluidos de los bienes necesarios. El desarrollo es humano cuando pone en el centro a las personas y no la acumulación de bienes, y cuando se refiere también a los pueblos no solo a los individuos*” (82). La riqueza de esta perspectiva incorpora y no censura las transformaciones de nuestro tiempo, incluidas las de la revolución digital. Se trata de una reiterada apertura a las ciencias y las tecnologías, no se trata de demonizar el desarrollo, sin embargo, —alerta el Papa— “*Las innovaciones tecnológicas —incluidas las IA— no son neutrales, pueden aumentar la participación y la justicia, o ampliar las desigualdades, el control y la exclusión. Por eso, han de ser examinadas con una pregunta decisiva: contribuyen realmente a hacer crecer a las personas y los pueblos en humanidad y fraternidad, en el respeto a la Casa común y a las generaciones futuras?*” (67). La pregunta se asoma con urgencia toda vez que ... “*el control*

de las plataformas, las infraestructuras, los datos y la capacidad de cálculo no es prerrogativa de los Estados, sino de grandes actores económicos y tecnológicos... cuando un poder de tal magnitud se concentra en pocas manos, tiende a hacerse opaco y a eludir el control público...” (80).

En este escenario, el Papa nos desafía a que los principios fundamentales de la Doctrina Social de la Iglesia se vuelvan “*criterios para juzgar y discernir*” si efectivamente se está custodiando lo humano; incluso, en un tono más enérgico, habla de una “*vigilancia*”. Custodiar y vigilar lo humano, estar atentos en la construcción del bien común, en “*desenmascarar esta nueva asimetría epistémica, económica y política, nombrando los nuevos monopolios de la IA*”. La resiliente pregunta “*¿por qué mueren las democracias?*” encuentra en esta nueva zona de poder una ulterior incógnita, potencialmente desestabilizadora; ¡Cómo si ya fueran pocas las amenazas a la convivencia democrática, surge una nueva! El Papa no relativiza esta nueva fuente de poder ni su geografía, más bien nos pone en guardia: “*Nos encontraríamos ante una paradoja de progreso material y regresión antropológica en que desaparecerían las condiciones para una paz social justa y estable.*”. Pero, en esta ascesis de “*desarmar las palabras*” el Papa también redescubre antiguas palabras y las vuelve lozanas. Una de ellas, entre tantas, “*Humanismo cristiano*”. Una gran provocación para los que van huyendo de su identidad detrás de la furia comunicacional de los slogans.

El humanismo cristiano no oscila entre el “*entusiasmo y el miedo*”, ante el desarrollo tecnológico, sino que reconoce con “*gratitud y realismo*” que la inteligencia creativa del ser humano abre nuevas posibilidades y alivia sufrimientos a condición de “*permanecer ordenada al bien común, a la justicia, al cuidado de los frágiles y de la creación*” (129).

El desafío, al igual que en la política, estriba en seguir un progreso que sirve a la persona y a los pueblos, o un progreso que se doblega a las lógicas de poder. Entonces, la pregunta decisiva para la IA es la misma que para nosotros: ¿vuelve la IA la vida del hombre más digna sobre la tierra? ¿Más humana? Pero esta pregunta se extiende también a nuestro poder particular, a lo que depende de cada uno: ¿vuelve el ejercicio de mi responsabilidad más digna la vida sobre la tierra? Aquí explota toda la belleza y verdad de la imagen que el Papa usa a lo largo de toda la Encíclica: estamos ante una elección decisiva, o “*levantar una nueva Torre de Babel o edificar la ciudad donde Dios y la humanidad habiten juntos*” (1).

Si la respuesta es “*si*”, es decir que es posible que la IA vuelva la vida más digna sobre la tierra... entonces, podemos reconocer un camino de reconstrucción compartido y paciente, según la imagen que usa el Papa del inicio al final de la encíclica: “*el modelo del renacimiento de Jerusalén narrado en el libro de Nehemías*”. Si en cambio, “*el poder crece mientras el corazón se marchita y los vínculos se rompen, entonces estamos*

frente a una nueva versión de Babel: una construcción grandiosa, pero inhumana.” (129). Porque “lo que salva lo humano no es la autosuficiencia potenciada, sino una relación que libera, una comunión que transforma” (128)

Entonces, ¿cómo la política asumirá *“una relación que libera”* para liderar esta transición del impacto de las innovaciones tecnológicas, especialmente la IA, en el ámbito social, económico y laboral sin que estos desequilibrios generen una conflictividad incontrolable para los estados? A ello debe agregarse que vastas regiones, incluida América Latina, se encuentran atrapadas en un subdesarrollo, donde un trabajo mal remunerado ya convive con tecnologías parciales. “Estos territorios se convierten en reserva de mano de obra precaria y focos de inestabilidad y migraciones forzadas”.

A esta realidad descrita se debe agregar el alto nivel de empleo informal, el bajo nivel de formación profesional de amplios segmentos de la población, el clima de inseguridad ante el crimen organizado... una violencia creciente (América Latina tiene la tasa más alta de homicidios del mundo) y una pobreza que no cede. ¿Qué desafío comporta esta cruda realidad para la política ante el avance de la era digital en la IA?

Es hora de que despierte la política del *“demonio del medio día”*, de la acedía, en que el extravío de la vocación pública

reaccione ante el sopor de las ideologías de receta fácil o de permanentes lamentos. No hay peor demonio que el que habita en la propia conciencia y domina la relación con los otros. El Papa León XIV no se pierde en cantos de sirena, no se trata de *“perseguir una armonía abstracta, se trata de construir formas concretas de convivencia humana en la transformación”*.

La provocación de la Encíclica continúa, no es un himno de lamentaciones, sino una invitación desafiante a generar soluciones a nivel nacional y local *“involucrando las comunidades intermedias”*. La experiencia de afrontar el COVID en Chile redundó en una alianza público-privada de la que aún no extraemos todas las lecciones. La sociedad civil no puede esperar al Estado en el desafío de la IA. Tiene que interpelarlo con el método de Nehemias que describe León XIV.

Magnífica humanitas: una magnífica defensa de la naturaleza humana

La colección de **Cuadernillos de Formación Ciudadana** ha sido concebida con fines exclusivamente pedagógicos, sin fines de lucro. En virtud de ello, su distribución es totalmente gratuita. De este modo, se pretende prestar un servicio a la formación cívica en nuestro país, en especial a los jóvenes, presente y futuro de las naciones.



PERSONA Y COMUNIDAD
FUNDACIÓN